por los viajeros al llegar á la entrada de este temible paso! Los emperadores Rodolfo y Maximiliano purgaron las orillas de los Raubritter; y hace cuarenta años los ingenieros del emperador Fernando volaron las rocas del lecho del rio; pero nadie olvidará los terrores que inspiraba el Monje Negro.

En esa estrecha y oscura garganta, en medio del Danubio, hay una isla de rocas llamada Werder, que divide el rio en dos partes; el brazo derecho es casi impracticable durante el estío á causa del poco fondo de las aguas, y por la violencia de la corriente en el resto del año; de modo que sólo el brazo izquierdo, llamado Strudel, es el que sirve para la navegacion. Este paso, estrechado entre rocas enormes, y sembrado además de otras que se agrupan entre sí, se divide á su vez en tres partes, de las cuales sólo por una se puede pasar; y aún se necesita un piloto muy diestro para franquearlas sin peligro. Una vez fuera del Strudel, aún no se ha concluido todo, pues á corta distancia hállase el Wirbel, especie de remolino que forman las aguas á causa de la presion sufrida ántes y de la resistencia que les opone inmediatamente despues una mole de rocas llamada el Haunstein. Este paso es aún más peligroso que el otro, pues en dos minutos el vapor es lanzado con extremada celeridad á la parte opuesta; pero los trabajos hechos á fines del siglo pasado disminuyen mucho el peligro de esta navegacion. Sin embargo, la corriente es siempre muy violenta, tanto que el mismo granito no la resiste: una de las rocas del Haunstein, compuesta de la piedra más dura, ha sido socavada por el choque de las ondas á ocho piés de profundidad. Es preciso pues que el piloto tenga la vista segura y la mano firme, sobre todo cuando se trata de esas inmensas balsas donde va toda una colonia de hombres, de mujeres y niños, pues por poco que se desvie á derecha ó izquierda se estrellará sin remedio, lo cual sucede alguna vez. El Strudel y el Wirbel han sido realmente el Scila y Caribdis del Danubio. El pueblo considera al Wirbel como un abismo sin fondo por el cual se escapa una parte de las aguas del rio para reaparecer en Hungría, en el lago de Neusiedl: no faltan ejemplos de corrientes que se deslizan por debajo de tierra en una parte de su curso.

Más allá del famoso desfiladero las montañas se deprimen y desvian, principalmente en la orilla derecha, que desde Ratisbona no ha ofrecido ya un carácter tan pintoresco. Cerca del antiguo castillo de Persemberg, al que no se tarda en llegar, el Danubio forma tambien un recodo peligroso aunque no tiene importancia para los que acaban de franquear el Strudel; más léjos se pasa por delante de un promontorio de granito en cuya cima, á ciento ochenta piés de altura, destácase la grandiosa y magnífica abadía de Moelk, coronada por una cúpula de cobre que despide brillantes reflejos á los rayos del sol.

Desde Moelk á Viena, lo que más puede excitar el interés son los castillos de Aggstein y Durrenstein, el uno por sus antiguas murallas, las más socavadas en el Danubio austriaco, y tambien por sus leyendas, esas flores de las ruinas que el pueblo sabe sembrar con abundancia; y el otro porque en él pasó una parte de su cautividad Ricardo Corazon de Leon, que tambien estuvo encerrado en Aggstein. Los dos castillos pertenecian en aquella época á un *Raubritter*, llamado Hadmar de Kuenring, á quien Ricardo fué entregado por Leopoldo de Austria. El carcelero condujo primeramente á su cautivo á Aggstein, y despues á Durrenstein, pero en Trifels (Palatinado Renano) á donde se condujo á Ricardo más tarde, fué donde el fidelísimo Blondel descubrió á su señor, que seguramente no hubiera podido escapar sin auxilio, de ninguna de sus prisiones del Danubio. Aggstein debe haber sido una fortaleza muy respetable, pues juntamente con Durrenstein desafió los esfuerzos del duque de Austria, quien no consiguió apoderarse de los castillos por la fuerza, sino por una estratagema. Durrenstein es más formidable aún, y vale la pena de visitar la ruina para ver cómo el Raubritter fortificaba sus castillos: varias líneas de muros que se corrian desde las orillas del rio convergian sobre una roca prominente, en cuya cúspide elevábase una torre; entre los muros se puede ver todavía una especie de cámara oscura, abierta en la misma roca; y asegúrase que aquello fué el calabozo de Ricardo. Desde la citada torre, que era la del vigía, se puede disfrutar de un magnífico golpe de vista, contemplándose el lugar donde se han reñido diversas batallas. El pueblo que hay al pié sólo es notable por su pintoresca posicion y el inmenso panorama que desde este punto se puede contemplar.

II

Si se sube á la cima de un largo promontorio de colinas que se corre al norte desde Wienerwald á Leopoldsberg, en las orillas del Danubio, como lo hicieron los ejércitos de Juan Sobieski y del duque de Lorena, cuando llegaron para rechazar á los turcos, se podrá ver perfectamente la ciudad imperial de Viena, sobre la cual se destaca majestuosamente la magnífica flecha de su catedral. ¡Qué espectáculo debió ofrecerse á la vista de aquellos guerreros al llegar á la cumbre de la pendiente! Al rededor de los muros de la ciudad extendíanse las numerosas fuerzas de los turcos, miéntras que el suelo de las praderas é islas desaparecia bajo las tiendas de campaña y los bagajes; los brazos del Danubio, que ahora se franquean por una docena de puentes de la vía férrea, hallábanse interceptados por las enormes cadenas turcas, que aún se conservan como recuerdo en el Arsenal del imperio. Entónces, las murallas circuian realmente la ciudad; ahora son paseos que apénas separan las calles antiguas de los arrabales.

Lo mismo en aquel tiempo que en la actualidad, el gran rio corria hácia el horizonte oriental indicado por las torres de Presburgo; lo mismo entónces que ahora los Alpes Nóricos se prolongaban meridionalmente; y tambien el pueblo de Viena se agitaba al rededor de su catedral, desde cuya flecha el conde de Stahrenberg, valeroso defensor de la ciudad, interrogaba el espacio para ver si se divisaban las cruces y estandartes de sus aliados. Muchos de los edificios que rodean la catedral serian reconocidos aún por los que yacen sepultados bajo aquellas pendientes, donde les hirió de muerte el hierro de los turcos. El palacio imperial, la iglesia de los Capuchinos, el Schottenhof y otros edificios monásticos, así como muchos palacios de la nobleza, y hasta las más humildes casas del antiguo barrio, se conservan hoy lo mismo que estaban durante el sitio de los turcos.

La catedral de San Estéban, una de las cosas más notables de Viena, es del siglo XIV, de la época del estilo gótico flameante, de esa arquitectura que nada dice al espíritu, porque so-

lamente lo sencillo puede ser verdaderamente grande; la flecha es magnífica, y una de las más atrevidas en el mundo católico; sólo le faltan algunos piés para ser tan alta como la de Estrasburgo, pero se ha echado á perder el interior construyendo muchas capillas de estilo greco-romano, con columnas corintias y frontones que producen muy mal efecto en aquella gran nave gótica.

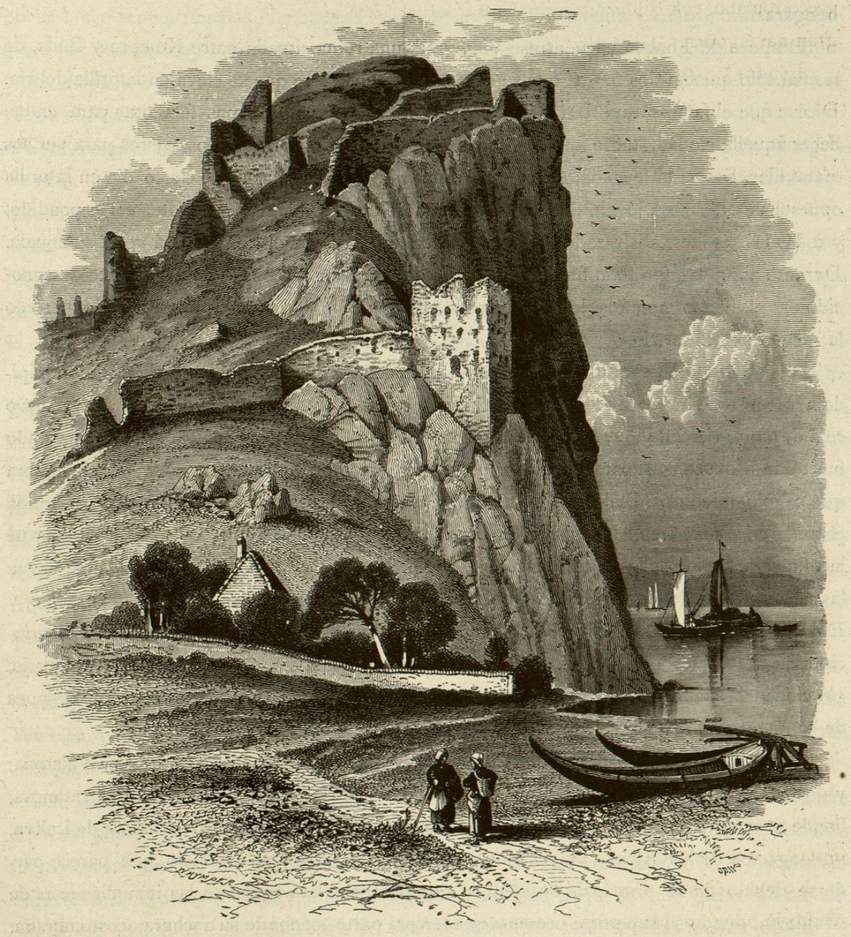
Fundó la catedral el duque Enrique, quien tomó parte en la segunda Cruzada, y eligió la ciudad de Viena para capital de Austria; y por eso el sagrado edificio se asocia más íntimamente con la historia del imperio. En su interior varios emperadores han sido coronados y sepultados, así como tambien generales. Las grandes campanas se fundieron con los cañones turcos cogidos al enemigo durante la guerra. Sobre el tejado, más significativa que hermosa, despliega sus alas el águila austriaca, formada con un mosaico de tejas; una de las cabezas mira hácia los campos de batalla de Aspern, Essling y Wagram, donde Napoleon humilló el orgullo del emperador austriaco, pidiendo su hija en matrimonio; y la otra hácia Schœnbrunn, donde Napoleon II, fruto de aquella union, exhaló su último aliento en un destierro.

Despues de ver la catedral se debe visitar la iglesia de los Capuchinos, que es el panteon de la casa de Austria: todos los emperadores, y muchos archiduques yacen allí en sus ataudes de bronce; pero las bóvedas no tienen nada augusto, porque los muertos están oprimidos unos contra otros; todas las tumbas son de planchas de bronce muy delgadas que resuenan cuando se tocan, como utensilios de cobre, y las más no tienen ningun adorno; sólo se ve un monumento notable, que es el de María Teresa.

Una vez visitados estos edificios, y otros de menor importancia, y recorrido el Prater, uno de los principales paseos de Viena, que se prolonga desde la ciudad al Danubio, y tiene grandes alamedas, con árboles seculares, se puede tomar un coche para ir á Leopoldsberg, la última cima de Khalemberg, que constituye á su vez la extremidad del Wienerwald: este punto se halla á doscientos sesenta metros sobre el Danubio, y la mirada puede abarcar un espacio de cien leguas cuadradas; al pié de esa altura se contempla el segundo rio de nuestro continente por la extension de su curso, el primero por la importancia comercial y política; y una de las grandes capitales de Europa, la quinta por el número de sus habitantes. Difícil seria describir la majestad del espectáculo que se ofrece á la vista del observador.

No muy léjos de Viena, el Danubio abandona el Austria propiamente dicha y penetra en territorio húngaro. Muy pronto se encuentra el March, que desde las fuentes del Danubio es en su orilla izquierda el primer afluente navegable; las montañas que se elevan á la izquierda no han dejado de prolongarse paralelamente al rio desde la Suabia á la Moravia, estrechando de cerca las márgenes; miéntras que las cordilleras de la otra orilla le eran perpendiculares. En el punto mismo de la confluencia del March con el Danubio elévase una escarpada roca, la de Theben, que fué en otro tiempo una importante fortaleza, á juzgar por su posicion y algunas sólidas fortificaciones; dos de sus lados están bañados por las aguas, y el tercero es una empinada pendiente donde se elevaban algunos gruesos muros ántes que los franceses lo redujeran á ruinas. No debe buscarse en Theben un orígen clásico: segun la tradicion, debe

su nombre á la hija de un rey eslavo, que ordenó la construccion; una de las torres se designa con el nombre de Torre de la Monja, sobre la cual se refiere la siguiente leyenda. El señor de Burg habia robado una noble jóven á quien amaba, y que debia retirarse á un claustro en



Theben

cumplimiento de la voluntad de sus padres. Perseguida por estos, fué sitiada en la fortaleza, pero ántes que rendirse, los dos amantes se precipitaron en las aguas desde lo alto de la torre.

Esa isla escarpada, que parece querer cerrar el paso del rio, esa torre cuyo pié se baña en las aguas, y esos muros almenados que se elevan hasta el burgo situado en la cima, debian constituir en otro tiempo una fortaleza formidable; pero hoy son sólo una ruina magnífica.

Cuando se ha franqueado la Puerta Húngara divísase ya el enorme esqueleto del castillo de Presburgo y el puente de barcas por donde se debe pasar. La ciudad de Presburgo no ofrece ningun interés particular para el viajero cuando no se halla reunida allí la Dieta húngara.

Despues de Theben encuéntrase Vissegrad, una ruina situada entre Komorn y Buda, de la cual sólo quedan dos muros que se corren hasta una torre que se eleva en la orilla del rio. Dícese que el famoso rey Matías Corvino gastó en otro tiempo sumas fabulosas para embellecer aquella ciudad, tanto que de todas partes de Europa llegaban viajeros para ver sus maravillas. Segun la leyenda, el rey, que tenia allí su residencia, vió cierto dia en la orilla opuesta una hermosa jóven, de la cual se enamoró perdidamente; pronto fué correspondido, y todas las noches, disfrazado de simple caballero, cruzaba el rio para ir á ver á su amada. Durante algun tiempo todo fué bien, pero un dia la jóven descubrió que su amante desconocido era el mismo monarca, lo cual fué para ella un golpe de muerte, pues habiendo perdido la razon, arrojóse al rio.

Más abajo de Vissegrad el rio se aleja de las colinas de su orilla izquierda, girando rápidamente al rededor de Bekouyer-Wald hácia el sur; á corta distancia divísase ya el palacio real de Hungría con la ciudadela de Buda; más abajo el Danubio baña el pié del encumbrado fuerte de Bloksberg, separándose aquí por algun tiempo de la parte pintoresca; pero la llanura que se extiende entre Buda y la frontera esclavona es rica en recuerdos de la lucha sostenida entre la cristiandad y el Islam, habiéndose dicho con justa razon que «durante dos siglos fué la tumba de la flor de la juventud turca y germana; en su extremidad sur, donde se elevan las colinas del valle del Drave, vénse varias fortalezas, entre ellas las de Peterwardein y Ehrenbreitstein, donde Pedro el Ermitaño reunió á sus Cruzados, y cerca de la cual el príncipe Eugenio batió á los turcos. Antes de perderse de vista esta fortaleza divísase Belgrado, «la ciudadela blanca», tomada tambien por dicho príncipe, pero en la cual se firmó despues de su muerte un tratado tan desastroso para el Austria como para la cristiandad.

Desde Belgrado se prolonga una línea de colinas por la derecha de Servia hasta Valaquia; y por la izquierda hasta Bazias, término de la línea férrea, extiéndese una llanura pantanosa, donde se ven los puestos militares de la frontera austriaca. En Bazias, las montañas de Lokva, prolongacion de los Alpes Transilvanos, salen al encuentro del Danubio, que parece perderse debajo de la principal cordillera, y que concentra sus aguas en las inmediaciones de Moldavia, donde su superficie presenta una tercera parte ménos de su anchura acostumbrada.

III

Al salir de Presburgo, el Danubio se desliza por una inmensa llanura sin que ningun incidente interrumpa su monotonía, hasta que por fin encuentra, entre Grau y Waitzen, las montañas que forman su segunda cuenca. La corriente principal destaca á izquierda y derecha dos brazos que durante su curso aumentan con el caudal de varios afluentes, encerrando las dos islas de Schutt, llamadas por los húngaros el grande y el pequeño Csalokoz. Apénas se

ha penetrado en el territorio húngaro, no se encuentra un rio, una montaña ó una ciudad que no se conozca á la vez con tres ó cuatro nombres, cuando no cinco, latin, aleman, magiar, eslavo y rumano, lo cual origina frecuentes equivocaciones. La mayor de las dos islas, formada por el brazo septentrional ó Neuhaensel, no mide ménos de cuarenta y cuatro millas de longitud por una anchura de veinte; su extremada fertilidad le ha valido por parte de los húngaros el nombre de *Jardin de Oro*. La isleta de Schutt se forma por el brazo meridional que recibe el Raab, corriendo á poca distancia de la ciudad y fortaleza del mismo nombre. Raab ó Gyor, como le llaman los magiares, ha tenido mucha importancia en la guerra de Hungría de 1849: cuarenta años ántes esta ciudad habia sido tomada por los franceses, despues de una batalla ganada á los austriacos por el príncipe Eugenio. A seis millas de Raab, en la otra orilla, y en la confluencia del Neuhaensel, elévase la famosa ciudadela de Gromaron, ó Comorn, cuya rendicion, en 2 de octubre de 1849, fué el último episodio de aquella guerra, en la que los húngaros dieron repetidas pruebas de heroísmo inútilmente. Más allá de Comorn, la orilla derecha del rio presenta una serie de colinas cubiertas de viñedos, que producen los mejores vinos de Hungría sin exceptuar el famoso Tokay. Siguiendo siempre la línea derecha del gran rio, divísase pronto la ciudad de Graan; y al partir de aquí, el paisaje adquiere un aspecto más severo. A derecha é izquierda, las colinas, últimas ramificaciones de los Alpes Nóricos y de los Carpatos, elévanse acercándose al Danubio, cuyo curso estrechan poco á poco, acabando por encerrarle en una especie de angosto desfiladero, el cual franquea un poco más arriba de Vissegrad. Al salir de este desfiladero el rio gira bruscamente y traza un ángulo recto, deslizándose de norte á sur, en un vasto lecho cortado por grandes islas y canales. Aquí es ya bastante profundo para sostener buques de cuarenta cañones. La llanura comienza á ser más uniforme, y tambien más monótona que la que el viajero acaba de recorrer.

Una isla bastante grande, la de San Andrés, divide el curso del Danubio en dos brazos: el primero, á la derecha, rodea la ciudad de aquel nombre; el segundo, á la izquierda, baña Waitzen, poblacion de doce mil habitantes, residencia de un obispo católico, sufragáneo del arzobispado primado de Graan. El aspecto de las dos orillas continúa siendo siempre melancólico: ya no se ve ese paisaje alegre y risueño que tanto seduce en el trayecto de Ratisbona á Viena; pero en las inmediaciones de Pesth recobra un poco de animacion: los pueblos más próximos, los campos mejor cultivados, cierto movimiento en la campiña, y en el rio una navegacion más activa, anuncian que la capital está inmediata. Aquí se ven varias isletas cubiertas de verdor, que parecen surgir del seno de las ondas; una de ellas impide divisar al pronto la ciudad de Buda, de la cual sólo se ven las alturas.

Despues de pasar por Presburgo y Pesth, el gran rio se desliza de izquierda á derecha á través de la Puzsta, cortada por charcas y pantanos: su bosque cierra el horizonte; entre esta y el Danubio serpentea y brilla el Temés, que se pierde hácia Pancsova despues de haber bañado la capital del Banato, Temesvar. En estos parajes reina una calma profunda; no se oye otro ruido sino el de las chimeneas de los barcos de vapor cuyas azules espirales giran en el espacio, desvanécense y vuelven á formarse hasta que el barco se pierde de vista.

Un poco ántes de llegar á Baseiach, el Danubio comienza á describir caprichosos giros,